

DISCURSO DE INAUGURACION

*Monseñor José de Jesús Pimiento R.
Arzobispo de Manizales -
Presidente de la Conferencia Episcopal*

*Excelentísimo Señor Presidente de la
Comisión Episcopal Doctrinal,
Excelentísimos Señores Obispos,
Venerables Teólogos,
Selectas Religiosas,
Distinguidos Seglares:*

Es honor preciadísimo y complacencia singular darles la más cordial bienvenida a Manizales en mi condición de Presidente de la Conferencia Episcopal y como Obispo de esta Sede Metropolitana.

Venimos festejando 75 años de vida de esta Iglesia Particular y el hecho de celebrar en ella el Segundo Congreso Nacional de Teología lo estimamos justamente como un privilegio que agradecer y como un estímulo y compromiso que acoger y llevar a sus mayores consecuencias. Manizales, que ha tenido motivos para ufanarse de la categoría mental de sus gentes, rodea este Cenáculo de apóstoles de la auténtica doctrina de Jesucristo, con la decisión de no esconder la luz porque es "ciudad levantada sobre el monte" y de profundizar siempre más y mejor en el mensaje de salvación con apremio de comunicación.

Es para mí profundamente grato exaltar el mérito de la Comisión Episcopal Doctrinal que, gracias al dinamismo de sus

integrantes y en particular de su insigne Presidente, viene cumpliendo de modo ejemplar la misión de velar por la integridad de la Doctrina y por la promoción de la investigación y de la actualización teológica. Estos Congresos de Teología felizmente organizados y cumplidos se están convirtiendo en afortunada integración del carisma del teólogo con el del magisterio para que se logre ofrecer al hombre de hoy la luz y la fuerza de transformación contenidas en el Evangelio.

Por ello estos Congresos están siendo en Colombia genuinos acontecimientos de Iglesia que no obstante ser discretos, o precisamente por ello, están dando a la Iglesia de Cristo un rostro nuevo y un dinamismo de salvación añorado por todos.

Es preciso que esta visible y eficaz comunión de quienes piensan en los fundamentos bíblicos y en los sistemas teológicos para establecer las características del ser y del actuar cristianos, lejos de dar pausa a su reflexión y a su empeño de participarla en la Iglesia, cada día se acrecienta y adviertan más la necesidad de dar a nuestra comunidad de fe la seguridad de que el Evangelio se asimila y se vive en Colombia no con esquemas y modelos prestados a otras latitudes y situaciones,

sino como una genuina manifestación de la vida de Cristo en nuestro ser tropical y en nuestras condiciones de desarrollo y pobreza, que hasta cierto punto favorecen la comprensión y vivencia del Evangelio.

A la normal trascendencia del acontecimiento se une la fuerza de las circunstancias para hacerlo realmente histórico en nuestra Patria. Es un lugar común hoy señalar la fatal erosión moral de los comportamientos privados y públicos que conmueve a la Nación porque sacude y desintegra los fundamentos de su dignidad y de su seguridad. Para algunos sería una crisis sin salida.

Los creyentes sabemos que estas situaciones límite son la hora más propicia para que el hombre busque y acoja la salvación por Jesucristo y por ello con el dolor que producen las convulsiones mortales al propio tiempo se abren todas las avenidas de la esperanza. Esta tiene que ser la hora de la Palabra de Dios pues cuando todo aparece perdido es el espacio en que la virtud y el poder del Señor deben manifestarse con su eficacia invencible.

Sin celos porque otros clamen por la moralidad, sabemos de sobra que no hay otro fundamento para la salvación de la humanidad que la persona y la doctrina de Jesús, pues como muy bien enseña su Santidad Paulo VI "la verdad es que no hay **humanidad nueva** si no hay en primer lugar **hombres nuevos**, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos" (E N. 18).

La Iglesia que siempre ha servido con amor y eficacia a la Patria le presta ahora el mejor de los servicios al reunir a sus

hombres de pensamiento para que a la luz del Evangelio le señalen la terapia adecuada para remediar tan hondos males. No se trata en verdad de una casuística o de un recetario que diera respuestas inmediatas a problemas tan agudos, tan numerosos, tan extensos y profundos. Esto inclusive vendría a defraudar tremendamente al chocar con el mal radical que es la pérdida de la conciencia y caer en una especie de vacío.

Se busca primordialmente recuperar las bases morales del hombre y transformar su mentalidad poniéndolo frente a la norma eterna e invariable que es el mismo Cristo, modelo del hombre nuevo, principio de la nueva humanidad. Su reflexión serena y profunda, señores Teólogos, sobre la crisis del hombre actual para confrontarla con la esencia evangélica dará indudablemente una respuesta iluminadora a los interrogantes actuales sobre los fundamentos de la moralidad y sobre el modelo de vida que tiene que seguir el hombre para recuperarse de su decadencia o indignidad.

Además de la claridad en el discernimiento de los principios maestros para despejar tanta ambigüedad y liberar de los funestos relativismos el Pueblo de Dios espera de sus guías espirituales que le hablen con la seguridad del "testigo fiel que apoyando su fidelidad en la de Dios confía que la gracia acabará su obra. Esta confianza que afirma el Apóstol aun en las horas de crisis, le da una seguridad indefectible para anunciar con toda libertad (Parresia) la Palabra de Dios (I Tes. 2, 2; art. 28,31)" (Leon—Dufour).

Sí, hoy son precisas como nunca esa libertad espiritual, esa valentía y decisión para decir a la humanidad un mensaje que le choca, pero que necesita para salvarse.

Por eso, venerables Teólogos, no vayan a limitar su tarea a una investigación científica ciertamente valiosa y necesaria, sino lleguen también a ejercitar la seguridad y la valentía para decir la palabra penetrante

y decisiva de modo que suprimamos en la Iglesia todas las vacilaciones y todos los complejos.

Mi modesta voz fraternal aspira a convertirse en aliento para sus sabias y eficientes deliberaciones que van a enriquecer

el patrimonio teológico de nuestra Iglesia en Colombia; quiere ser augurio para que su estadía en esta ciudad les sea plenamente grata y propiciadora de frecuentes retornos y es gratitud por honrar a Manizales con su presencia iluminadora.